

Lo primero que hay que decir sobre la educación romana es que estaba muy influenciada por la griega. La escuela primaria aparece desde los siglos VII – VI; la secundaria, en el siglo III; la superior no aparece hasta el siglo I. Las dos últimas surgen tras la conquista de Grecia.

La enseñanza primaria

Duraba desde los siete hasta los doce o trece años y puede recibirse en casa con profesores especiales (ricos) o en una escuela abierta por un *ludi magistri* junto con otros niños (común). Eran escuelas mixtas que normalmente se encontraban en el foro, a la vista de todo el mundo. El local es sumamente humilde, podían ser *pergulae* con vistas a la calle, pequeños locales en tiendas o en pórticos aislados por una cortina con lo que todo el mundo oía las lecciones, e incluso podía entrar a la escuela. Se llamaba *ludus* y el Estado no intervenía a la hora de abrir una. El tamaño de lo que podía llamarse escuela variaba mucho, a veces había sólo un puñado de alumnos, a veces algunas decenas, y había, con frecuencia, trabajo suficiente para más de un maestro en el mismo establecimiento; a veces dos maestros se asociaban, a veces funcionaban al mismo tiempo diversas actividades de grupo bajo diferentes maestros, en la misma sala. En un nivel elemental, encontramos a los niños pequeños a los que les comprobaba sus letras y sílabas un discípulo mayor, o submaestro, mientras hay dos grupos a los que se les explican pasajes de literatura. Los muchachos jóvenes que asistían a sus primeras clases sobre pasajes literarios estaban divididos simplemente en dos grupos, los más avanzados y los menos avanzados.

El trabajo escolar comenzaba muy temprano (entorno a las seis de la mañana). Había clase tanto por la mañana como por la tarde. Las horas de la mañana estaban dedicadas al trabajo escolar, habiendo trabajado tanto por la mañana el niño vuelve solamente para una lección por la tarde. Es de suponer que había algún tipo de recreo a media mañana. Los niños y sobretodo las niñas eran acompañados del *paedagogus* y a veces del *capsarius* (lleva tablillas y volúmenes). Los alumnos se sientan en escabeles sin respaldos y escriben sobre sus rodillas. Se agrupan en torno al maestro, que está sentado en lo alto de un estrado a veces acompañado por un adjunto, el *hypodidasalos*, al que pagaba el maestro. El oficio de maestro de escuela estaba mal visto (es propio de esclavos, extranjeros, libertos o personas de origen humilde) incluso por sus propios alumnos y mal pagado, era una de las últimas vías para ganarse la vida, tanto es así que el título de *professor* sólo se entregaba al *grammaticus* y al *rhetor*. Como el Estado no intervenía en la educación, el salario del maestro no estaba reconocido por la ley, sino que se acordaba entre él y el padre del alumno. No se pagaban los meses de vacaciones ni las ausencias justificadas del niño. La excusa más fácil para evitar el pago era la alegación de que el alumno no había progresado lo suficiente y que esto era culpa del maestro. A veces los padres se encontraban en dificultades económicas en el momento de pagar, entonces el maestro tenía que decidir si iba a continuar enseñando al niño, algo frecuente, expulsar a un alumno por no pagar era algo que el maestro rehusaba, porque se reforzaba a la competencia. Sin embargo, se podía recurrir a medios legales. El *literator* cobraba todos los *idus*. Hasta el 301 d.C. con el edicto de Diocleciano no se fija el salario del *magister*, 50 denarios mensuales por alumno.

El maestro de escuela (*literator*) enseñaba a leer, escribir y contar, tareas desempeñadas al principio por el propio padre del niño. La técnica profunda del cálculo la enseña un especialista, el *calculator*. Para enseñar a contar había un *abacus* con bolas o piedrecitas, *calculi*, con que los niños se divertían y aprendían a contar.

Para escribir, los alumnos se servían de tablas de madera recubiertas con cera, que podían ser simples o múltiples (dísticos, trípticos o polípticos). Las letras se grababan en la cera con un punzón (*stylus*), agudo por una parte y plano por la otra para borrar. También se podía escribir

sobre papiro o pergamino y para ello se utilizaba la pluma (*calamus*), que se mojaba de tinta (*atramentum*) en un tintero. Aunque las tablillas y el punzón eran más baratos, el niño debía aprender a manejar el estilete y la pluma. Muchas veces utilizaban pergaminos usados por la parte de atrás. En cada demostración, el maestro tenía que prestar atención individual a cada alumno.

Los maestros no parece que impusiesen de un modo regular trabajos escritos para hacer en casa, podían muy bien esperar que aprendiesen un pasaje para la recitación de la mañana siguiente, también los padres inquietos y los pedagogos hacían que los niños repitiesen lo que habían aprendido durante el día. Tampoco había nada que correspondiese a los “exámenes”, pero había algo similar. En la Grecia helenística se requería que los maestros presentasen una “muestra” pública (*apodeixis*) de los logros de sus alumnos, la ocasión era un acontecimiento público, y a veces se distribuían premios a los competidores y a los maestros. Es muy probable que este método fuese aceptado en Roma.

El castigo corporal fue un hecho constante de la vida escolar con la férula. Para las faltas más graves estaba reservada la *scutica* o látigo. Para los azotes o vapuleo el niño se desnudaba, lo izaban dos compañeros, uno por los brazos y otro por los tobillos de manera que la espalda y las nalgas quedaran a la vista. Esto se conocía con el nombre de *catomus*, expresión griega para la posición “sobre los hombros”. Había muchos padres que conocían estos métodos e incluso los fomentaban.

Al final de esta etapa escolar los niños leían y escribían correctamente, dominaban las cuatro reglas de la aritmética y poco más.

La enseñanza secundaria

A los doce o trece años los escolares pasaban del *litterator* al *grammaticus*. No todos seguían esta especie de enseñanza media. Los estudios quedaban prácticamente reservados para las clases privilegiadas. Las escuelas siguen siendo mixtas.

Los gramáticos son de una condición superior a los maestros de escuela, pero continuaban saliendo de entre libertos, arruinados... y seguían estando mal considerados y mal pagados, aunque era una enseñanza más cara, 200 denarios por alumno al mes según el edicto de Diocleciano (301), cuatro veces más que el maestro de primaria. El *grammaticus* cobraba todo de conjunto en marzo.

Plan de estudios: Se abordan la lengua latina y la griega por igual. La gramática trata el estudio de la lengua correcta y la interpretación de los poetas clásicos. Para su interpretación el maestro dará nociones de música, astronomía, filosofía y oratoria. A lo largo de la clase cambiaban de ocupación: leían, escribían, declamaban, hacían sus ejercicios literarios.

La enseñanza gramática se hacía en un sentido teórico y analítico a partir de las obras de los grandes clásicos. Se estudia la ortografía, las “figuras de dicción”, se desarrolla el estudio de la métrica. El fondo esencial de la enseñanza secundaria continúa siendo la explicación de los autores, de los poetas. En Roma todo poeta de éxito era objeto de estudio escolar, aun en vida (Ovidio, Nerón y Estacio). El programa latino de estudios se concreta en la “cuadriga”: Virgilio, Terencio, Salustio y Cicerón.

Los comentarios se convierten en un cúmulo de información lo más variada que puede imaginarse, para lo cual el maestro debe poseer un saber enciclopédico y, al mismo tiempo, minucioso de cada cosa. Pero ante todo ha de saber apreciar literaria, estilística y estéticamente el texto leído, que es propiamente su oficio.

La geografía, la historia, la mitología, la astronomía, etc. estaban a la orden del día en estas explicaciones. El profesor hablaba mucho sin dialogar ni indagar si los alumnos iban asimilando lo que enseñaba. Lo esencial era que el chico volviera a casa con muchas tablillas llenas de apuntes.

De esta enseñanza salían ya los jóvenes en disposición no sólo de interpretar críticamente a los poetas y prosistas, sino también de componer sus poemas.

El deseo era que, al salir de esta segunda etapa de su educación, los jóvenes hubieran concebido un verdadero espíritu de trabajo y vocación clara a las letras. Deben convencerse que podrán resultar hombres útiles para la sociedad y capaces de llenarse de gloria el día de mañana, si desde ahora empleaban en el estudio serio todo el tiempo que otros dedican a divertirse o a estar ociosos.

La enseñanza superior

El cambio solía efectuarse hacia los 17 años, cuando el joven dejaba la toga pretexta y tomaba la toga viril enteramente blanca (podían elegir si seguir estudiando o entrar en el ejército), y permanecían con el rétor uno o dos años, a veces tres. Los gramáticos dan a sus alumnos las primeras nociones de Retórica y los ejercitan en la declamación. Esta enseñanza era particular, resultaba cara y casi la recibían únicamente las familias ricas.

Se confía a un maestro especializado, el *rhetor*, que ocupa un lugar notoriamente más elevado que sus colegas de los dos primeros niveles. Se le paga mejor (según Juvenal 2.000 sextercios anuales por alumno a principios del siglo II). Esta carrera atrae siempre a hombres de extracción humilde, libertos o a senadores en desgracia, había rétores tanto griegos como latinos. El retórico también enseñaba a la sombra de los pórticos de los foros hasta la intervención del Estado.

La enseñanza del *rhetor Latinus* tiene por objeto la maestría del arte oratorio. Es una enseñanza de todo punto formal: aprender las reglas y acostumbrarse a usarlas. Los estudios superiores se resumen prácticamente en la retórica. La obra que más se estudia y se comenta es *De inuentione* de Cicerón. En las lecciones del rétor se leían y comentaban los historiadores y los oradores. Si los alumnos eran ya crecidos y provecos en los estudios, el rétor prescindía de esta parte de su docencia. Si se lee un discurso, el profesor expone la causa, las circunstancias, y todo el contexto ambiental en que se pronunció el tal discurso. Hará una introducción general de las partes y méritos del discurso, explicando luego sobre la marcha de la lectura los recursos empleados para ganarse la atención de los oyentes; la claridad, sinceridad o los artificios y subterfugios que usa el orador para ganarse los corazones de los jueces. La memorización de textos ajenos es el punto clave de la formación del orador, así se ejercita la memoria y se aprenden expresiones e ideas de los grandes maestros.

El orador además del arte de hablar necesita una gran experiencia de los asuntos públicos, conocimiento de las leyes, de las costumbres y del derecho y la filosofía. Necesita además una gran experiencia humana y cívica. El orador ha de ser un artista consumado de la palabra.

La declamación. El ejercicio característico en la academia del rétor era la declamación. Se fingían causas en las que un alumno acusaba y otro defendía, para acostumbrarse a hablar en público, formado por sus compañeros y, a veces, por familiares y amigos.

Puede decirse que la enseñanza de la retórica se orientaba hacia la vida práctica: preparaba normalmente a los alumnos para la carrera del foro. Profesor y alumnos tienen que congeniar, el uno debe perfeccionar sus buenas cualidades y corregir las defectuosas, el otro ayudarle a realizarse según la idiosincrasia propia del carácter del joven: hacerlo un hombre cabal dentro del carácter especial y de su naturaleza privativa.

No hay que exigir jamás al alumno lo que todavía no puede dar, el profesor tiene siempre en cuenta la edad y el grado de la cultura de sus discípulos.

Formación en disciplinas accesorias. Al terminar los estudios con el rétor, si el hijo quería, el padre, de ordinario, lo enviaba por un tiempo ilimitado a perfeccionarse a Grecia. Una enseñanza totalmente técnica que aprendían era la taquigrafía (a partir de Cicerón).

Cada ocho días, el día de mercado (*nundinae*) aportaba un corto respiro a los maestros y alumnos en la escuela primaria y en las escuelas de gramática. En las escuelas de retórica podía suspenderse la enseñanza, aunque podía sustituirse por un ejercicio de declamación.

Dos de las festividades principales en el año eran las *Saturnalia*, del 15 al 23 de diciembre, como la Navidad se celebraban con alegría e intercambio de regalos, y el *Quinquatrus*, del 19 al 23 de marzo. Las vacaciones más largas eran las de verano desde junio o julio hasta los *idus* de Octubre.